

No Solamente los Solitarios —2da Parte

El mes pasado tomé del reporte consultivo del Cirujano General de los Estados Unidos sobre “Nuestra Epidemia de Soledad y de Aislamiento” para reflexionar sobre las experiencias de desconexión social y aislamiento que enfrentan las personas de todas las edades en nuestra sociedad, especialmente los jóvenes. Mencioné que el reporte no está lleno de malas noticias, pero que reconocía razones que daban esperanza en áreas de la sociedad que pueden protegernos contra la desesperación. La fe religiosa que nos lleva a una conexión más cercana con otras personas (yo añadiría, incluyendo a las Personas Divinas, Padre, Hijo y espíritu Santo) y que nos extiende más allá de lazos exclusivos entre personas que piensan similarmente o con similitudes demográficas es vital para la “salud del corazón” humano tanto al nivel natural como el espiritual.

El reporte identifica el precioso y al mismo tiempo riesgoso “capital social” de la confianza y la empatía que son a la vez la raíz y el fruto de las conexiones sociales.

La confianza promueve la comunicación y la cooperación, y mejora la salud de la población, la prosperidad económica y la función social – bienes de un orden natural y supernatural. Para los creyentes cristianos, la confianza encuentra su principal frente en Jesús, cuya Divina Misericordia suaviza el antagonismo y la desconfianza que tenemos contra los demás cuando los consideramos extraños. La misericordia atiende la confianza genera una confianza más profunda cuando nos vemos unos a otros como receptores de un amor el cual no merecemos, pero que deseamos con mutua profundidad.

El reporte señala un “círculo virtuoso” entre el sentido de conexión social y una disposición a conectarse en el servicio como voluntario. Felicitamos a los adultos quienes dedican algo de sus vacaciones de verano, como aquellos en la Parroquia de SS John & Paul en Altoona, que acompañan a los jóvenes en la misión de Catholic Heart Workcamp en donde asisten en proyectos de reparaciones de casas, alimentando a personas con hambre, ayudando a agencias sociales, y sirviendo de manera general como embajadores de gozo para niños, adultos mayores y personas con discapacidades. El cultivar un apetito de servicio es un don para toda la vida que bendice a los demás y a uno mismo; inculca el amor en los vecindarios y otros “desiertos” vacantes en donde prevalecen el aislamiento y la soledad. Como dice el Papa Francisco en *Fratelli tutti*, su mensaje sobre la fraternidad y la amistad social, “Sólo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura, y por lo tanto verdaderamente integrados en la sociedad” (FT n. 187).

El Santo Padre y el Cirujano General coinciden que la prosperidad humana depende en la diversificación de relaciones sociales más allá de nuestros propios grupos de origen, condición de poder y generación. El retroceso social de “cadenas centrales de discusión” que se componen de personas con quienes tenemos conversaciones respecto a eventos mundiales, política, salud, actividades recreativas y religión se relaciona con el grado de polarización social que estimula el escepticismo y el desánimo entre grupos políticos e incluso religiosos. El Papa Francisco menciona a Gabriel Marcel cuando comenta, “Sólo me comunico realmente conmigo mismo en la medida en que me comunico con el otro.” Debemos encontrar rostros de amor reales que nos extiendan más allá de nuestras familias y pequeños grupos. “El más noble sentido social hoy fácilmente queda anulado detrás de intimismos egoístas con apariencia de relaciones intensas.”

“Los grupos cerrados y las parejas autorreferenciales, que se constituyen en un “nosotros” contra todo el mundo, suelen ser formas idealizadas de egoísmo y de mera autopreservación.” (FT n. 87).

Puedo detectar como surge la resonancia del Espíritu Santo en el reporte consultivo para “construir una cultura de conexión” basada en los valores centrales de amabilidad, respeto, servicio y compromiso con los demás y en nuestra propia más reciente expresión de la visión y misión de nuestra Diócesis de Des Moines, centrado en el llamado a CULTIVAR CONEXIONES EN CRISTO. Por medio de varias formas de encuentro con Jesús, especialmente unos con otros en la Eucaristía, la invitación a una amistad con Él nos une en comunidades en donde la vida fluye libremente y la gratitud se convierte en nuestra respuesta natural con todos aquellos con quienes no encontramos, incluso si esto consiste en momentos difíciles y sufrimiento.

Como lo proclama nuestra declaración de visión, Jesús no es simplemente el “donante” amoroso que derrama su vida por los demás de su cuerpo y de su sangre. El nos muestra la humildad de Dios al no tener miedo de compartir la “necesidad” que tiene de nosotros. Los amigos más verdaderos de Dios, incluyendo a santos como Santa Teresa de Calcuta, saben que él aún tiene sed de almas de aquellos quienes han sido llamados a mostrar amor, a revelar que no importa lo que hagamos por el hambriento, por el desnudo, por el preso, el vulnerable y el más pequeño entre nosotros, lo hacemos por él. Y en el proceso, estas conexiones sembradas y selladas en el Espíritu duran por siempre

No necesitamos alterar digitalmente nuestra imagen o nuestra historia. Jesús quiere incorporar nuestra historia en su historia, la cual es más increíble que cualquier cosa que pudiéramos imaginar. Dios se revela para ser, por toda la eternidad, una Trinidad de personas

perfectas en amor y en relación, unidas en ser Dios, pero sin ser una comunidad cerrada y cercada a donde no podemos entrar. El Padre envía a su Hijo en la plenitud del tiempo para que pueda participar en la *comunión* de amor que es Dios, gracias a Jesús que se convierte en Dios con nosotros, humano y divino a la vez en el milagro de la Encarnación. Jesús tiene un gran deseo de comer y beber con nosotros, así como lo hizo con sus discípulos y con las multitudes a las que atraía. Él cumple su deseo de CONVERTIRSE en alimento y bebida para nosotros en el misterioso y milagroso regalo de la Eucaristía.

Hace tres años en este mes, el Dicasterio del Vaticano para el Clero reflexionaba sobre la cambiante naturaleza de la parroquia como la base fundamental de la vida de fe: “Cuando la Parroquia ya no es el principal centro social ni de reunión, como lo era antes, en por lo tanto necesario encontrar nuevas formas de acompañamiento y cercanía. Una tarea de este tipo no debe verse como una carga, sino como un reto que debe acogerse con entusiasmo.”

La parroquia ya no es fundamentalmente un territorio geográfico, pero un “espacio de vida” en el cual existen las conexiones potenciales. No podemos quedar atrapados en la nostalgia del pasado o quedar simplemente atrapados en las actividades en la parroquia o en otros niveles que son “un estéril intento de sobrevivencia,” que permiten la indiferencia y en donde prevalece la desconexión.

No creo que el Espíritu de Dios desea esta reducción en nosotros como un pueblo que ha sido ungidos y bendecidos ampliamente por Dios con el estímulo del Evangelio pulsando por nuestros oídos hacia nuestros corazones y nuestras mentes. Creo que, con la guía del recientemente reactivado Consejo Pastoral Diocesano, las demás comisiones, y otros “órganos” en el Cuerpo de Cristo que ya comienzan nuevos modos de conexión dentro y más allá de las parroquias, que puede revisar cualquier epidemia de soledad y desconexión. El lugar en donde

estamos ahora como sociedad y como Iglesia va a dar lugar a algo hermosamente humano, misteriosamente divino y evangélicamente potente. No comprendo plenamente el cómo esta misión va a resultar ni precisamente qué forma va a tomar, pero les invito a acompañarme a mí y a tanto otros que comparten esta visión para que podamos resucitar la confianza y el gusto de las conexiones que dan vida que nos propone Dios en Cristo.